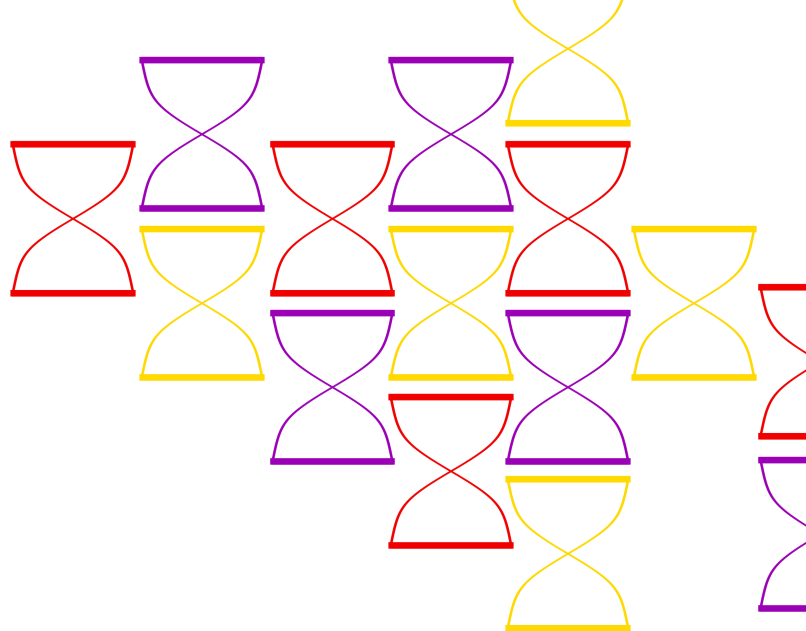
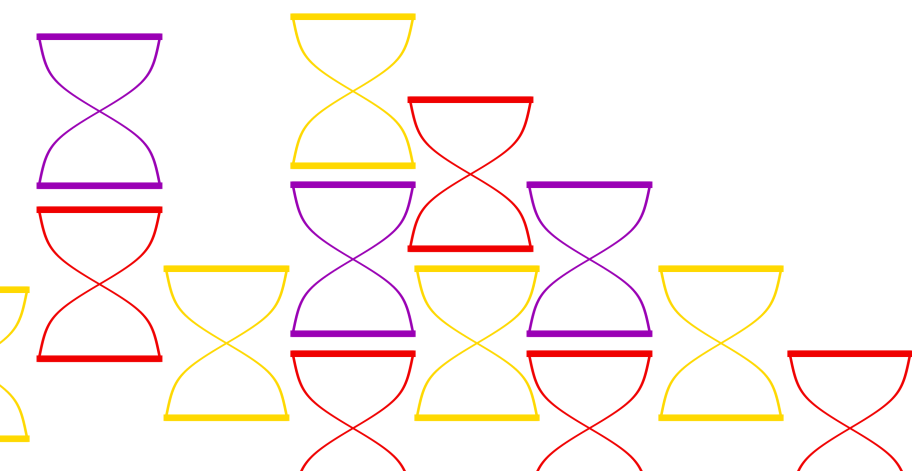


ENSAYOS



¿QUÉ ES UN ENSAYO?

Daniela Contursi



HETEROCRONÍAS
FEMINISMOS Y EPISTEMOLOGÍAS DEL SUR

¿QUÉ ES UN ENSAYO?

Daniela Contursi ^a

^a Escuela de Ciencias Sociales y Educación, Universidad Nacional de Villa Mercedes
Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.

I

Cuando me invitaron a escribir un ensayo para esta revista académica tuve dos reacciones: una obvia, la sorpresa; otra incómoda, la duda. Porque escribir un ensayo sobre *el ensayo* es inquietante, un desafío. Sobre todo, ante un ensayo inaugural, una siente el deber, la autoexigencia de hacerlo bien. En mi trayecto por las instituciones educativas, los ensayos que escribí creo que puedo contarlos con los dedos de las manos (y tal vez sólo en una mano entren todos). Es un género desafiante y poco usado, generalmente escribimos muchas monografías, alguna que otra tesis, montones de papers, resúmenes y ponencias (¡incontables!); pero pocos, muy pocos ensayos. Para mí, todo esto resultó incómodo porque requiere usar una especie de *metareflexión*. ¿A qué me refiero? Cuando escribimos ensayos -o por lo menos en mi caso-, es así: miramos algún libro de metodologías y redacciones o recurrimos a alguna monografía o artículo de otro académico o profesor e incluso estudiantes. Una vez que más o menos entendimos la estructura, cómo presentar los temas y en qué persona redactar, nos lanzamos a la aventura de escribirlo. Mucho más difícil es tratar de explicar la práctica de escribir un ensayo, o qué es lo que hacemos al momento de escribir un ensayo,



Heterocronías. Vol. 3, N°2. heterocronias@gmail.com



cómo, para quiénes, qué estrategias ponemos en práctica, ¡dificilísimo! Pero es algo que nos pasa todo el tiempo, siempre vemos un poco como un problema esto de tener que buscar teoría o tener que explicar una práctica que, por lo general, casi tenemos automatizada. Sin duda, el mayor desafío es: ¿cómo escribir un ensayo que todos quieran leer? Ante esto, podemos pensar cómo nos gustaría que nos fuera explicado a nosotros, qué nos gustaría leer: acá la cosa se pone un poco más amistosa. Luego, también pensé en algo que leí repetidas veces mientras me informaba para escribir este texto: *¿cómo escribir un ensayo?* Y la respuesta, de tan obvia, me dio un poco de gracia, pero es el mejor consejo que les puedo dar, y es: leyendo otros ensayos, por supuesto.

¿De qué va un ensayo? Esta es la pregunta de partida. A partir de acá, trataremos de reflexionar sobre la necesidad e importancia de este género en los ámbitos académicos y universitarios. En los siguientes párrafos, trataremos de mostrar aquellas virtudes del ensayo, sus características, algunas cuestiones relativas a su producción y lectura y, por último, sus aportes para nuestros ámbitos de estudio.

II

Cuando nos encontremos ante un problema de solución muy difícil, bien vale comenzar por el principio, como dice el dicho: *Muévete y el camino aparecerá*. Aunque, ya que hablamos del ensayo ¡tampoco tan por el principio! En este punto, podemos rescatar una cita de Jorge Larrosa (2003): *Parece una tontería pero a mí me regalaron una vez un libro de historia de la educación que empezaba por Adán y Eva. El primer capítulo, se lo aseguro, era 'la educación en nuestros primeros padres*. Empecemos por el origen de todas las cosas, el verbo: en este caso, la etimología siempre es la mejor aliada, nos muestra los inicios de todo y cómo fue evolucionando o desambiguándose hasta nuestros días. Para ello, recurriremos, a modo de diálogo (que, como veremos más adelante, es una característica fundamental de los ensayos) a un artículo de Manuel Alvar titulado *La turbada historia de la palabra Ensayo*.

Conocer la historia de una palabra es algo más que aclarar unas significaciones, es, también, conocer una aventura intelectual, si una y otra cosa no son lo mismo en muchos casos. Cualquier hombre culto emplea mil veces la palabra ensayo con el valor que se le da en ciertos metalenguajes, el literario, el teatral, el científico. Cada uno de nosotros fácilmente deslinda los campos, según sea su talante profesional o, más sencillo, por un simple arrastre de cultura transmitida. Pero las cosas no son tan elementales como parecen, a pesar de que no se presenten como problemas recónditos o insolubles. En última instancia, delimitar conceptos no es otra cosa que tentativa, prueba, establecer un orden, ensayar o ensayo. (Alvar, s.f.)

La palabra *ensayo*, como vemos, es multidisciplinaria, podemos aplicarla a muchas prácticas, disciplinas y materias. Esto va de la mano con la idea que proponemos del *ensayo* como un género híbrido, multiforme, transdisciplinario. Alvar rastrea los orígenes de la palabra de la forma latina *exagium*, coincidente con el verbo *exigere* que, entre tantas cosas, significa “*examinar*”, “*investigar*”. Un ensayo moderno se trata de esto: de examinar ideas y defenderlas con argumentos y contrargumentos (algo que hacemos cotidianamente, todo el tiempo estamos discutiendo con otros, poniéndonos de acuerdo, intercambiando opiniones: los seres humanos estamos hecho de otros, a partir de los cuales nos examinamos, reexaminamos lo que decimos, lo reforzamos, lo volvemos a formular).

Pero, para defender y examinar lo que queremos decir, cómo lo queremos decir y a quiénes, necesitamos investigar previamente sobre el tema en cuestión, o sobre quienes nos hayan precedido (ya sean posturas a favor o en contra, como estamos haciendo ahora, que tomamos a Manuel Alvar para empezar a discutir este tema que nos convoca, el ensayo). Pero, además, este verbo está relacionado con otras prácticas como el comercio, donde significa “*disponer de, vender*”; también con las matemáticas, en este caso significa “*medir, pesar*”. En sus orígenes, pareciera que la idea de “*ensaya*” se vinculaba a la economía, a la idea de pesar y analizar monedas. En la actualidad, en el ensayo académico, científico y literario pesamos y analizamos nuestras ideas y argumentos sobre algún tema o problema particular: *Ensayar es pesar, probar, reconocer y examinar; es producto de la mediación, donde lo esencial es explorar, su sentido de audacia y su originalidad* (Angulo Marcial, 2013: 108).

Si recurrimos al *Diccionario de la Real Academia Española*, podremos observar la siguiente acepción: *Escrito en prosa en el cual un autor desarrolla sus ideas sobre un tema determinado con carácter y estilo personales*. Esta idea del género es relativamente nueva, en comparación con otros géneros literarios. Como rastrean Alvar (s.f.) y Weinberg (2012), el ensayo como prosa literaria aparece de la mano de Montaigne con la publicación de sus *Essais*. Weinberg (2012) alude a este momento como un *verdadero golpe de timón*: cuando en la prosa empezamos a percibir la escritura del yo, invisibilizada por tanto tiempo, oculta bajo el aparente velo de la objetividad; y cuando el punto de vista personal se convierte en el verdadero punto de partida. Weinberg retoma las palabras de Terrase y, así, *el ensayo es paradójicamente el resultado de “una tensión entre dos deseos aparentemente contradictorios: describir la realidad tal como es en sí misma e imponer un punto de vista sobre ella”* (Weinberg, 2012: 17).

El *ensayo* es un género literario -comprendido dentro del género didáctico-, en el cual lo más importante es lo que queremos comunicar a otros, enseñar, divulgar. Es un género idóneo para los procesos de aprendizaje porque exige desarrollar los niveles cognitivos y comunicativos de los escritores. Al mismo tiempo, la base de este género es el diálogo, diálogo entre el ensayista y sus conocimientos, y diálogo entre ensayista y posibles lectores. Por su función, el ensayo es un texto argumentativo, ya que su propósito es dar cuenta de determinado punto de vista sobre algún tema, el ensayista trata de convencer a los lectores de que ellos vean las cosas como él las ve. La finalidad no es resolver, solucionar o cerrar un problema o cuestión; sino, justamente, establecer un diálogo con el otro. El ensayo no intenta transmitir lo que ya se sabe, sino mostrar y probar una nueva idea, un nuevo modo de decir las cosas desde otro punto de vista o de acuerdo con relaciones originales.

Dijimos al principio que el ensayo es un género híbrido, mestizo, impuro, ambiguo (Larrosa, 2003; Weinberg, 2012). Como todo lo que es “*marcado*” por la mezcla, la incertidumbre de no poder clasificarlo, algunos autores lo han asociado con la idea de “*exclusión*” y “*marginalidad*”; Larrosa (2003) dirá que es una forma derrotada, aplastada por el peso de otros géneros privilegiados por la academia, como las tesis y monografías. *El ensayo como una de las figuras de lo excluido del espacio académico, al menos de las formas del saber y del pensar que dominan en el mundo académico* (Larrosa, 2003), por esas mismas características podemos decir que es un género revolucionario, “*revoltoso*”, e incómodo. Es un género revoltoso en tanto implica la revuelta el dislocamiento de quien escribe, “*una revuelta lingüística*” dice Larrosa (2003): *una revuelta en el modo de relacionar la lengua con nosotros mismos y con aquello que la lengua nombra*. El ensayo es un género provocativo, quien escribe ensayos está tratando de persuadir a la audiencia, de captarla, de lograr que apoye lo que se dice o el rechace. Cuando escribimos un ensayo, lo que verdaderamente queremos hacer es interactuar con el otro. Y acá debemos resaltar esta idea de la interacción: no queremos solamente comunicar algo, defender una tesis y olvidarnos de todo; esperamos una reacción en el otro, una ida y vuelta, una reflexión sobre lo dicho, una respuesta del otro.

El ensayo nos permite salir de la monotonía y del enclaustramiento al que muchas veces terminamos cayendo en nuestras producciones universitarias. La hibridez, el carácter mestizo del ensayo nos conducen a escrituras y lecturas polifónicas, reflejo de un diálogo consciente y constante entre escritor y lector; pero, al mismo tiempo, nos permite desarrollar un lenguaje que mixture la estética literaria y el científicismo. Cada vez que nos proponen una producción ensayística en la universidad, constituirá un desafío: la incertidumbre ante la libertad de formas y temáticas que podemos abordar; la libertad de decir lo que una quiera y como quiera: libertad de expresión, pero libertad

también para expresarnos como nosotros queramos. Larrosa (2003) usa la metáfora del “*paseante*” para referirse al escritor de ensayos, lo podemos vincular a la figura del “*flaneaur*” a la que nos remiten autores como Benjamin y Baudelaire: aquel personaje vagabundo, divagante y extravagante que se deja seducir por sus pasiones, por sus odios, sus ideologías... todo aquello que, de algún modo, queda fuera de la moral de producción textual académica.

Lo peculiar del ensayo no es su falta de método, sino que mantiene el método como problema y nunca lo da por supuesto [...] El método tiene la forma de una carretera o de una vía férrea que ignora la tierra. Por el contrario, el ensayista prefiere el camino sinuoso, el que se adapta a los accidentes del terreno. Y, a veces, el ensayo es también, una figura del desvío, del rodeo, de la divagación o de la extravagancia. Por eso su trazado se adapta al humor del caminante, a su curiosidad, a su dejarse llevar por lo que le sale a su encuentro. Y el ensayo es también, sin duda, una figura del camino de la exploración, del camino que se abre al tiempo que se camina. (Larrosa, 2003)

¿Dónde empieza y termina un ensayo? El ensayo empieza por aquello de que quiere hablar; dice lo que a su propósito se le ocurre; termina cuando él mismo se siente llegado al final, y no donde no queda ya resto alguno (Larrosa, 2003). El ensayo es un producto incompleto, fragmentario, parcial, no pretende totalidades ni aspira a conclusiones establecidas. El ensayo plantea discusiones y aperturas, no termina cuando se ha agotado el tema, sino cuando ya no hay nada más por decir.

El ensayo tiene la forma de un comentario (Larrosa, 2012), necesita un texto preexistente, no para analizarlo, sino para conversar con este, para tener una base a partir de la cual desarrollarse. El ensayo es la representación de un proceso interpretativo, alega Weinberg (2012) retomando a Adorno: se trata de la representación del mundo, pero también de la manera en que ese mundo es mirado por nosotros, es un diálogo sobre el mundo que se va desarrollando en la escritura. El escritor de ensayos observa y evalúa tensiona el mundo desde una escritura y un diálogo situados.

La estructura del ensayo corresponde a la de los textos argumentativos y puede dividirse en tres partes: INTRODUCCIÓN, DESARROLLO y CONCLUSIONES (según lo que fuimos planteando a lo largo de este texto, podríamos renombrar mejor esta última parte y llamarla DISCUSIONES). El tema de nuestro ensayo se desarrolla por párrafos, en cada párrafo desarrollaremos un argumento o subtema que responda a nuestro tema, problema o pregunta inicial. Cuando hemos terminado de desarrollar una idea y estamos listos para empezar a desarrollar otra, podemos usar un *párrafo de transición*, sirve para entrelazar estas dos ideas, retomar algunas cuestiones que ya se dijeron y adelantar lo que se va a decir.

En la *introducción* presentamos nuestra “tesis”, idea principal, tema, problema o pregunta de partida; generalmente, esta introducción se estipula en un párrafo. En esta parte del ensayo debemos justificar por qué consideramos que es relevante nuestro tema y algunas consideraciones sobre porqué decidimos abordarlo. Podemos también pensar la introducción como el momento donde defendemos una opinión, de esta manera, una de nuestras preguntas guías antes de escribir, y también una gran pregunta organizadora del discurso puede ser “¿Qué vamos a defender?”.

En la introducción, debemos presentar por qué el tema es cuestionable o polémico y por qué es necesario hablar de esto; en este punto, evidenciaremos cuál es nuestra postura al respecto. Es aconsejable que nuestra tesis u objeto de estudio sea explícito, sobre todo para que nuestros lectores no tengan dudas de qué es lo que intentamos sugerir y puedan seguir el hilo de nuestras argumentaciones. Si el ensayo es muy extenso, este segmento puede tener dos párrafos, en el segundo párrafo es donde deberíamos incluir nuestra tesis. Claro que esto es bastante libre también, pero organiza mucho más la lectura y la escritura, sobre todo en ensayistas novatos o lectores que se enfrentan por primera vez a este tipo de discursos, si nuestro punto de partida se encuentra entre los primeros párrafos.

En el *desarrollo*, pondremos en juego todas nuestras herramientas y arsenal argumentativo para defender la idea de la que partimos y cautivar y persuadir a nuestros lectores. En este segmento, explicamos la idea, tema, problema o pregunta de partida y presentamos argumentos a favor o en contra para convencer al otro. Siempre será mejor, si la intención es demostrar y persuadir, que nuestros argumentos a favor sean más numerosos que los en contra de nuestra tesis; sin embargo, podemos utilizar contraargumentos mediante los cuales refutamos una idea contraria que reivindique nuestra postura. Debemos enunciar también las características de nuestro tema, cómo ha sido abordado por otros autores (en este punto, las citas de autoridad son fundamentales), algunos datos que permitan entenderlo, problemas que suscita, algunos datos históricos que sitúen nuestro trabajo social, política, cultural e históricamente. Angulo Marcial refiere acerca de los datos: *Un buen ensayo no convence por la acumulación acrítica de datos, sino por la manera en que su autor los articula para sustentar y expresar sus ideas* (Angulo Marcial, 2013: 118), esto es válido también para la cuestión de las citas.

En este apartado, las citas son un elemento importantísimo: además de contribuir a un ejercicio de honestidad, ayuda a que asumamos una postura acerca de la interpretación de los textos. Las citas o fuentes apoyan nuestros argumentos y aportan a la “credibilidad” de lo expuesto, pero además, las citas permiten dar cuenta al lector desde dónde enunciamos y nos posicionan académicamente en relación con

determinados paradigmas, teóricos y teorías. Es importante hacer una selección de las citas, es decir, que nuestro ensayo no se convierta en una base de datos de frases ajenas. Debemos pensar las citas directas sobre todo, como una transcripción de algo esencial, algo que no podemos decir más que de ese modo, esto es, retomando la palabra ajena, o ante un juicio de valor en el que la palabra prestada nos avala. Porque una de las características más importantes del ensayo es el poder de síntesis, de tomar las palabras de otros para incluirlas en nuestros argumentos y posturas, las citas enriquecen y validan nuestro trabajo, pero un exceso de citas se vuelve tedioso y disminuye la calidad de nuestras propias decisiones o juicios.

En las *conclusiones* o *discusiones* (y siempre es mejor formular en plural para evidenciar las múltiples aperturas, la posibilidad de otros caminos abiertos para otros) regresamos al planteamiento inicial para relacionar todo lo desarrollado y analizar nuestro recorrido y posibles respuestas que se fueron desprendiendo.

Esta es la estructura tradicional del ensayo, dentro de estas tres partes algunos ensayistas insertan subtítulos o párrafos para exponer subtemas o argumentaciones. Por lo general, el buen ensayo es una redacción continua que no requiere de subtítulos porque la misma estructura y composición irán delimitando estas tres secciones. Para ello, es fundamental organizar bien nuestro escrito, un buen consejo es elaborar, previamente a la escritura, un bosquejo o borrador de cómo podríamos ordenar nuestro trabajo de acuerdo con las ideas y argumentos que abordaremos. Escribir un ensayo exige el desarrollo de competencias argumentativas y aprender a pensar de modo problemático, porque más que una tarea de escritura, el ensayo es, ante todo, un ejercicio de organización de las ideas y del pensamiento (Angulo Marcial, 2013).

Los ensayos se caracterizan por ser escritos relativamente cortos, en relación con otro tipo de producciones académicas tales como tesis o tratados. Su extensión dependerá de las disposiciones y pautas de la publicación, institución o concurso donde queramos presentarlo, por ejemplo: para la revista *Heterocronías*, se estipula un mínimo de 3000 palabras y un máximo de 5000; en la escuela secundaria, una profesora de filosofía supo hacernos redactar un ensayo de tres a cinco páginas. Para organizar nuestra redacción y pensamiento (¿qué es la escritura sino una forma de ordenar nuestras ideas?) es recomendable tratar los diferentes argumentos y subtemas por párrafos. De esta manera, podemos plantear una estructura secuencial donde vamos ampliando nuestro tema principal.

El ensayo se caracteriza también por la diversidad de temas que podemos tratar en ellos, siempre desde un punto de vista situado contextual y subjetivamente. Si bien sus temas pueden ser multidisciplinarios, cuando nos dispongamos a escribir el nuestro debe guardar *unidad temática*; es decir, nos centraremos en un único objeto de estudio:

un problema o área problemática, un concepto, un autor, entre tantas otras posibilidades. Durante el desarrollo de nuestro ensayo, todos los temas se corresponderán con nuestro objeto de trabajo, esto es lo que llamamos *unidad argumentativa*, las pruebas y argumentos que desarrollaremos justifican o defienden nuestra tesis o posición sobre el tema elegido.

Muchas veces los enunciados que apoyan a la tesis principal necesitan (por su complejidad, importancia o carácter disputable) ser defendidos por otros enunciados, de modo que en el ensayo tiene que haber lugar para el argumento principal y para otros secundarios, que, en conjunto, contribuyen a que el argumento principal sea racionalmente persuasivo (Gujardo González y Serrano Franco, 2001: 1)

La elección del tema y cómo este será tratado dependerá de nuestra intención y del público al que apuntamos. La elección del público o audiencia a la que apuntamos determinará el diálogo que mantendremos entre escritor-texto, lector-texto y escritor-lector (Zambrano Valencia, 2012). El público es uno de los puntos más fuertes de nuestra escritura, ya que determinará el tono de nuestro ensayo, los propósitos, las estrategias persuasivas que utilizaremos y los diferentes argumentos, qué tipo de información brindaremos, a qué tipo de discusiones o conclusiones arribaremos. Pero, fundamentalmente, el público se vincula a la intención de nuestro ensayo, de esto dependerá la autenticidad de nuestro escrito: ¿escribimos para argumentar, exponer, narrar, explicar o describir? Tanto el tema como el público dependen de la intencionalidad con la que escribimos. Es a partir de la intención del ensayo que abordaremos ¿por qué este tema y no otro?, ¿cómo lo escribimos?, ¿con qué objetivos?, ¿para quién es?

Así arribamos a una de las características propias del ensayo: “la subjetividad”, el valor de la palabra del ensayista, sus interpretaciones personales y su posicionamiento en el mundo pero sobre todo, con respecto al tema a desarrollar. Hay cosas en el mundo que deben ser dichas y nadie las dirá como nosotros podemos hacerlo al escribir un ensayo. Y volvemos al principio, el ensayista se ve obligado a estar midiendo, pensando, analizando todo desde una perspectiva particular *entre lo ya sabido y lo aceptado por la moral al uso, para instalar el “y sin embargo”* (Weinberg, 2011: 23). Podríamos retomar, en este punto, lo dicho más arriba sobre la libertad del ensayo, que es tal vez una de sus características más incómodas, la posibilidad que tiene el escritor de asumir libremente tono y estilo para desarrollar sus ideas, emitir juicios, y también esa libertad para decir lo que se quiere decir. Siempre nos resulta más fácil atenernos a reglas y a

estructuras o problemas más delimitados, y cuando en una cátedra, por ejemplo, nos proponen escribir un ensayo o un texto más subjetivo, siempre nos cuesta más.

Llegamos al final de nuestra exposición, cuando ya dijimos todo lo que teníamos para decir. Sólo nos queda una última cuestión para aportar: *¿Cuáles son los pasos para escribir un ensayo?*

El primer paso consiste en identificar y precisar el tema que queremos abordar, o la pregunta a partir de la cual nos abriremos camino. Luego estaremos habilitados para delimitar sus alcances y su pertinencia. Una vez que tenemos nuestro objeto, estaremos en posición de establecer la intención o propósito para la redacción, qué postura adoptaremos, y qué tipo de información buscaremos y dónde.

En un segundo momento, nos ocuparemos de la búsqueda de información y la escritura del ensayo. Primero debemos identificar, evaluar y seleccionar las fuentes relacionadas y más pertinentes al tema que trataremos. No importa si lo que leemos no está muy de acuerdo con nuestras posturas, luego podremos usarlas como contrargumentos. Es importante, en esta instancia, hacer anotaciones, elaborar síntesis o resúmenes, identificar las ideas principales o secundarias para nuestro trabajo. Luego de analizar la información recolectada, deviene el bosquejo de nuestro ensayo: cómo fundamentaremos nuestra propuesta, en qué orden la presentaremos, cómo organizaremos las ideas y argumentaciones.

En este punto, es recomendable (si contamos con el tiempo suficiente) “*dejar reposar*” nuestro escrito un día, tomar un descanso de la escritura, y retomarlo al día siguiente. Esto posibilitará un tiempo para pensar lo que escribimos, y volver a mirar con “*otros ojos*” lo ya escrito para darnos cuenta si nos gusta, si queremos agregar o sacar algo. Este es un momento importante casi para cualquier escrito.

Luego que hemos dicho todo lo que había que decir, cuando hemos agotado nuestros argumentos, podemos pasar a un tercer momento: las discusiones. Como se explicó más arriba, en este punto consignaremos nuestros aportes sobre el tema. Hacia el final de nuestro trabajo, presentaremos algunas explicaciones a modo de síntesis acompañadas de reflexiones, comentarios, preguntas, propuestas y recomendaciones sobre lo trabajado. No es un cierre, sino una apertura: podemos enunciar lo que falta, lo que podría ampliarse, abrir caminos para los que nos leerán o proponernos continuar indagando el mismo tema u otros aspectos; también, por qué no, muchas veces, este tipo de trabajos nos abren las puertas a nuevos desafíos y lugares inexplorados. Podemos recurrir a algunas preguntas planteadas por Rodríguez, González-Pineda, González y Álvarez (2004):

¿He expuesto con claridad cuál es la idea fundamental que se defiende en el texto? ¿Cuáles son los argumentos que utilizo para refutarla? ¿He expuesto con claridad cuál es la explicación, valoración, la solución o la conclusión a la que se llega? ¿He aportado ejemplos clarificadores? ¿Está quedando en el orden adecuado? (Rodríguez, González-Pineda, González y Álvarez, 2004: 173).

Finalmente, es importante releer y revisar el documento con el fin de corregir errores gramaticales y de estilo, párrafos sueltos, ideas a la mitad. Antes de esta última lectura, es recomendable también dejar reposar el texto, como las buenas comidas y los buenos vinos.

III

A partir de lo expuesto y recorrido anteriormente, podríamos proponer que el ensayo es una opción que debería ser más desarrollada en nuestras universidades y unidades académicas. En los últimos tiempos y, sobre todo, en estos dos últimos años de pandemia, la producción discursiva ha dado un vuelco a su favor. Sobre todo nuestra Universidad Nacional de Córdoba ha desarrollado varias propuestas que implicaban la producción ensayística. También podemos percibirlo en algunas propuestas de cátedra que incentivan a sus estudiantes a la escritura de ensayos; lo mismo puede percibirse, aunque en menor medida, en las escuelas medias, donde algunos docentes “*como cierre de algún tema*” proponen a la clase la escritura de un ensayo. La cuestión es, claro, cómo será usado ese ensayo, con qué fines, y si realmente estamos proporcionando a nuestros estudiantes las herramientas, posibilidades y guías adecuadas para sacar el mayor provecho a este género. Producir un ensayo implica el desarrollo de habilidades intelectuales, es ir más allá del acceso al conocimiento y posterior exposición de este, el ensayo es una herramienta de construcción del conocimiento. Por ello precisamos de un sujeto-ensayista que sea actor de su discurso, actor en la construcción de ese conocimiento nuevo y en el desarrollo de nuevas significaciones y representaciones, y no un mero espectador pasivo. Implica la responsabilidad de defender un punto de vista, hacerse cargo de una postura y, sobre todo, de palabras escritas, que no tienen la posibilidad, como en nuestra oralidad, de volver atrás o corregirse. El momento del ensayo es siempre un presente donde seremos aceptados o cuestionados.

Dice Fernando Savater (1978) que la tarea del ensayista es fundamentalmente escéptica y rebelde, se parte del no estar seguro, del ensayo, de la posibilidad de someterse a la prueba y al error, de estar abierto a las discusiones y fomentar un

intercambio con los otros. Es importante sacar a nuestros estudiantes y a nuestras instituciones de los dogmas inapelables, de los conceptos indiscutibles, porque ante todo, estamos haciendo ciencia, sobre todo nosotros, ligados a las humanidades y las ciencias sociales: necesitamos pensar la diversidad, las periferias, las exclusiones, la integración de nuevas voces y la realización de discursos mestizos y abiertos a nuevas realidades. Dice Savater que *Ensayar es, a fin de cuenta, dudar del papel, no saberlo todo, no estar seguro de los gestos que corresponden a cada frase o del tono de voz más adecuado para decirla.* (Savater, 1978: 51)

El ensayo evidencia una perspectiva sobre el mundo que se ha de interpretar, podemos decir parafraseando a Weinberg (2012), ¿qué otro género más apto, más libre, más adecuado a nuestras instituciones académicas que el ensayo? Hoy que somos espectadores de un resurgir de las filosofías y pensamientos latinoamericanos, desde una América mestiza que nos incita a la elaboración discursos mestizos, donde nadie tiene la última palabra porque estamos abiertos a múltiples culturas e identidades, discursos polifónicos y multifocales. De esta manera Weinberg retoma las palabras de Germán Arciniegas y vincula el ensayo a nuestro continente contradictorio y permanente construcción: *Nuestra América es un ensayo.* (Weinberg, 2012: 16)

A lo largo de este ensayo, se han tratado de dar cuenta de algunas características del género, sus orígenes, y algunas cuestiones para tener en cuenta al momento de escribir uno. Muchas cosas quedan por decirse, no todo está dicho en este género, siempre podemos decir más, añadir, retomar y criticar. Otras formas de abordarlo quedan pendientes, como cuestiones ligadas a su relación con otros discursos, o los tipos de argumentos más pertinentes, cómo abordarlo desde diferentes ciencias, su impacto en la cultura y en el sistema educativo, la relación de los sujetos con la escritura y el género... Esto no es más que una breve presentación y, espero, una apertura, un empujón a continuar esta aventura desafiante de los ensayos y los ensayistas.

Referencias bibliográficas

- Alvar, M. (s.f.) *La turbada historia de la palabra "Ensayo"*. Recuperado de http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-turbada-historia-de-la-palabra-ensayo/html/dcb06a62-2dc6-11e2-b417-000475f5bda5_11.html
- Angulo Marcial, N. (2013) "El ensayo: algunos elementos para la reflexión", *Innovación Educativa, Volumen 13*, (61), pp.107-121.
- González, R., Núñez, J.C., González-Pineda, J.A. y González, R. M. (2004). La composición escrita. En R. González, J.A. González-Pineda, S. Rodríguez, J.C. Núñez y A. Valle (coords.), *Estrategias y técnicas de estudio* (pp. 127-148). Madrid: Prentice Hall.
- Guajardo González, G. y Serrano Franco, F. (2001), recuperado de https://www.uaq.mx/FCN/tutorias/guia_ensayo09.pdf Facultad de Filosofía de la Universidad Autónoma de Querétaro.
- Larrosa, J. (2003) *El ensayo y la escritura académica*. Recuperado de https://hum.unne.edu.ar/asuntos/concurso/archivos_pdf/larrosa.pdf
- Savater, F. (1978) "El ensayista como rebelde y como doctrinario", *El viejo topo, Ediciones de Intervención cultural*, (22), pp.51-53.
- Weinberg, L. (2012) "El lugar del ensayo", *CELEHIS–Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas*. Año 21 (24), pp.13 – 36.
- Zambrano Valencia, J.D. (2012) "El ensayo: concepto, características, composición", *Revista Sophia*, (8), pp. 137-147).

DANIELA CONTURSI
daniela.contursi@unc.edu.ar

Nació en 1991. Licenciada en Letras Modernas y Correctora Literaria por la UNC. Docente de la UNVIME. Profesora adscripta en el Seminario de Variación Lingüística (UNC). Integra equipos de investigación en las facultades de Filosofía y Humanidades y de Artes. Estudiante de Maestría en Antropología y Profesorado en Letras.